

¿Qué hay debajo de nuestros pies? ¿Brillan las estrellas sobre nuestras cabezas?

Uno de los personajes, depurando sus juicios, tomándole el pulso a las evocaciones, se pregunta: "¿Quizás había inventado su historia, el paseo en Alemania con Arken, la hostería Hatzentport, la habitación de Candie, llena de sol? ¿Tal vez soy yo quien la ha imaginado? ¿Pero la muerte? ¿Cómo se puede contar la muerte? Sería necesario llegar hasta el final, y cuando se llega, nadie sabe nada?".

El pasado concede a las imágenes de la vida una cuarta dimensión. El hombre que se deja dominar por semejante engaño sucumbe o se pierde entre cendales de ilusionada torpeza.

Todos esos valores han sido vertebrados en las páginas de esta novela, cuya fábula se adelgaza y se hace subterránea en las postreras acotaciones del narrador.

"¿Esa muerte que tengo delante de mí, un día podrá verla alguien con los mismos ojos que yo?".

Podrá ser vista, en su verdad sobrecogedora, por el lector de fina curva sensitiva.

"Es una historia muy sencilla, acabo de ver morir a mi padre", dijo Vedrennes. Y se puso a refr".

Pero su risa tiene tristezas, ironía y nostalgias.

No tratemos de buscar innovaciones en esta obra francesa. Su contextura es clásica. Su técnica tiene diversos antecedentes. Tiene originalidad la penetración psicológica, el afán de abordar un tema complejo. En su médula, el hombre, dispuesto a ver su imagen reflejada en los espejos caprichosos y necesarios de la vida y de la muerte.

V. M.

<https://doi.org/10.29393/At404-59AARS10059>

Antología de Augusto d'Halmar. Selección y prólogo de ENRIQUE ESPINOZA.
Santiago, 1963

Espigando en la vasta producción de Augusto d'Halmar, que no ha sido totalmente recogida en libros, como es notorio, Enrique Espinoza acaba de publicar una *Antología* con cerca de trescientas páginas, de muy bella presentación. ¿Quién es Enrique Espinoza? Es un culto escritor argentino, avecindado en Chile hace ya muchos años, donde su fervor por las letras le ha llevado a producir antologías, como ésta, y a editar una revista, *Babel*, que terminó después de lanzar buen número de interesantes entregas. A pesar de haber vivido en Chile por años, Espinoza según nos parece ignora algunos hechos de la vida literaria nacional, como veremos en seguida.

Bajo el título *Antología de Augusto d'Halmar* se lee una especie de subtítulo que reza *El hermano errante*. De otra parte, el libro se abre con un prólogo que firma el propio Espinoza, pp. 9-28, titulado asimismo *El hermano errante*. Nos encontramos ante un grueso paralogismo. La expresión *El hermano errante* puede hallarse en *Los Diez*, la obra de Pedro Prado, donde existe una cofradía compuesta de una decena de hermanos, el herma-

no arquitecto, el hermano poeta, etc. Uno de ellos es el hermano errante, título reservado al que viaja y de vuelta de sus andanzas dirige la palabra a los demás cófrades en una oración que es la más extensa de todas. No cabe duda, esta vez, que el hermano errante es el propio autor, esto es, Pedro Prado, pues a nadie podría ocurrírsele compartir la paternidad del libro titulado *Los Diez* entre quien lo firma y Augusto d'Halmar.

Poco más adelante, en la revista *Los Diez*, se publicó asimismo una colaboración firmada por *El hermano errante*, pero según puede probarse es Prado el autor de este fragmento, de modo que *El hermano errante* vendría a ser uno de sus seudónimos.

Cabe preguntarse: ¿Empleó d'Halmar alguna vez como seudónimo la frase *El hermano errante*? Si no lo empleó, como yo creo, no parece razonable ni equitativo que se le dé ahora, a título póstumo, un seudónimo o alias que no estuvo en su ánimo usar. Augusto G. Thomson en la vida civil fue, en su juventud, muy afecto al empleo de seudónimos, y varios podrían citarse si no fuera otro el objeto de estas líneas; pero en la madurez, cuando hubo acuñado el nombre literario Augusto d'Halmar, con que hoy se le señala, nunca más volvió a emplear otro. Dicho de otra guisa: Augusto d'Halmar es el nombre literario definitivo que debe emplearse en la publicación póstuma de sus libros.

Perturbado por la referida confusión, Espinoza dice: "Augusto d'Halmar, llamado El Hermano Errante, así con mayúsculas, porque reside una parte considerable de su existencia en el extranjero y es nómade por vocación y atavismo" (p. 9).

Debe dejarse establecido, primero, que el residir algún tiempo en el extranjero no basta para conferir a un hombre el título de errante, Si yo me voy a Francia y no me muevo más de allí (el caso de Alberto Blest Gana), no es razonable que se me llame errante, y si lo es que se me apellidara trasplantado. En segundo término, no está probado que d'Halmar haya sido nómade. Sus viajes son muy conocidos, y no son tantos como para hablar de nomadismo. Ernesto Montenegro, por ejemplo, a quien mucho conoce Espinoza, ha viajado algo más que D'Halmar, y sin embargo no se le llama errante ni se le juzga nómade. Augusto d'Halmar, en sustancia, fue de joven (1907) a la India, volvió a América y se estableció algunos años en el Perú, pasó a Europa (1916) y fijó su residencia algunos años en Francia; de allí se fue a España, donde se encontraba ya en 1923, como consta por la entrevista que le hizo Joaquín Edwards Bello, y se vino finalmente a Chile, donde residió en 1934 hasta su muerte. Este itinerario es, repito, perfectamente conocido y no da para fantasías. Claro está que viajó dentro de Francia y dentro de España, como quedan huellas en algunas de sus obras; pero todavía con eso estamos muy lejos del nomadismo que gratuitamente le atribuye su antologista.

Dentro de la misma página en que hemos visto a Espinoza afirmar el nomadismo de Augusto d'Halmar, vemos como epígrafe el verso que dice: "Un gran misterio su ascendencia vela", y como autoridad lo siguiente:

"Rubén Darío: *Soneto a D'Halmar*". Reptimos que Espinoza, aunque vive en Chile muchos años, no se ha enterado bien de ciertas interioridades de la picaresca literaria. Este soneto no pudo escribirlo Rubén Darío, por una serie de motivos que sería lato exponer, y cualquier editor cauto debe pasar por encima de él y no mentarlo, así como no se mienta la sogá en casa del ahorcado. Es, sencillamente, una superchería, y quien lo cite como obra de Darío cae en la debilidad de tragarse sin chistar la leyenda que lanzó el efectivo autor del soneto, Augusto d'Halmar.

Dentro de la misma introducción a que hacíamos referencia, el antologista asienta: "La prosa de la novela (*Juana Lucero*) se resiente del gusto poetizante que inaugura en Valparaíso el *Azul* de Rubén Darío y que aun tiñe tantas narraciones crudas en nuestra América" (pp. 12-13). Bien está; pero la prosa de *Juana Lucero*, sin perjuicio de parecerse a otras, está sin duda influida por la de Alphonse Daudet, con interrupciones, frases familiares, interjecciones jocosas, consejos y amonestaciones del autor a sí mismo, apelaciones directas al lector, como si fuese amigo del escritor, etc. Lo justo habría sido, pues, citar a Daudet de preferencia a otros autores.

Luego el antologista dice, con referencia a los primeros años de su héroe: "...en el nuevo Ateneo de Santiago, que organiza veladas especiales para que lea sus cuentos o recite sus monólogos" (p. 14). Grande exageración, que no puede basarse en ningún testimonio serio. Las veladas donde Thomson (el futuro Augusto d'Halmar) leía sus obras, eran las que periódica y habitualmente celebraba el Ateneo, desde que fue reabierto en 1899, y no puede dárseles el nombre de especiales, que les viene excesivo, algo tropical.

Dentro de la misma introducción leemos también: "Cuando el solitario cónsul chileno deja por fin Eten para irse a Francia como vago corresponsal de guerra, en 1915..." (p. 21). La verdad es que Augusto d'Halmar pasó por Chile en 1916, y no antes. Se dirá que tanto da un año como el otro; claro, soy el primero en concederlo; pero ocurre que D'Halmar estaba en Eten (Perú) cuando se produjo, en febrero de 1916, la muerte de Rubén Darío, quién había salido en 1915 de Europa para dirigirse a su tierra natal en un viaje que no tuvo regreso. La fecha del paso por Chile cobra, así, una importancia mayor, más decisiva, como que sirve para restar verosimilitud al soneto que D'Halmar atribuyó a Darío, referido al comienzo de este artículo.

En lo que se refiere a su calidad de corresponsal, dos palabras más. El escritor chileno salió de Santiago ungido con el cargo de corresponsal del diario *La Unión*, que en Santiago publicaba entonces la curia arzobispal, y a él envió una serie de artículos sobre España, los cuales comenzaron con uno publicado el día 10 de noviembre de 1916. Ya en diciembre del propio año estaba en París, desde donde siguió enviando impresiones.

Más adelante Espinoza dice: "En octubre de 1934, al estallar el polvorín de los mineros de Asturias..., D'Halmar se vuelve a su tierra para dar testimonio de lo que allá estaba ventilándose" (p. 24).

El asunto tiene miga, y habrá que verlo en pormenor. Augusto d'Halmar

llegó a Valparaíso el día 17 de julio de 1934, y fue agasajado por los escritores chilenos en un banquete del Club de Setiembre, el 28 de julio. Pero hay más, para probar que el viaje de D'Halmar a su patria nada tiene que ver con los mineros de Asturias. El día 14 de junio de 1934, *El Mercurio*, en una página de crítica literaria que yo entonces dirigía, inserta la carta enviada por D'Halmar a su amigo Armando Donoso con fecha Madrid, 16 de mayo de 1934, donde, en parte se lee: "Había encargado a Januario Espinoza que, al anunciar mi regreso a los amigos de siempre lo considerara a Ud. entre los primeros. Pero como no he de embarcarme hasta el 24 del próximo en el "Reina del Pacífico" alcanzo a saludarle directamente, antes de tener el agrado de hacerlo en persona". Y al final, en *post-scriptum*, decía: "El Reina del Pacífico tiene su llegada a Valparaíso el 18 de julio. Hasta entonces, pues, si los dioses lo quieren".

Cualquiera que haya viajado, aun cuando sea muy poco, sabe que un viaje no se puede improvisar en días, y que la preparación ha de ser tanto más extensa cuanto mayor distancia medie entre el punto de donde se sale y el sitio al cual se llega. Si Augusto d'Halmar pudo anunciar en mayo de 1934 su regreso a los amigos de Chile, todo nos invita a pensar que el viaje de retorno a la patria hubo de combinarlo o disponerlo desde unos dos o tres meses antes, con lo cual llegamos a los comienzos de 1934. No se ve la necesidad de que el viaje de D'Halmar haya de tener implicaciones políticas, y en consecuencia no está justificado que Espinoza se las dé.

La rebelión de los mineros de Asturias a que se refiere Espinoza se hizo patente en los días 4, 5 y 6 de octubre de 1934, cuando Augusto d'Halmar tenía varios meses en su patria y, a mayor abundamiento, había firmado contrato editorial para publicar sus obras completas, serie de la cual en el mes de septiembre lanzó *La Mancha de don Quijote*, y en el de octubre la vieja *Juana Lucero*, a la cual en esta reedición tituló *La Lucero*. Me tocó en esos días ver mucho a D'Halmar, pues coincidíamos en la Editorial Ercilla, que publicaba esas obras, y puedo asegurar que estaba embargado por la corrección de las pruebas de imprenta antes que por la suerte de los mineros de Asturias.

Hay, además, en Espinoza cierto extremoso deseo de dar vinculación política al viaje de D'Halmar a Chile, pues no satisfecho con lo de los mineros de Asturias dice también: "Su introito constituye un documento histórico para la intelectualidad chilena, que, como la de todo el mundo, se puso a favor de la República Española" (p. 26).

Yo soy testigo presencial de aquellos días que siguieron a la vuelta de D'Halmar a Chile, así como de lo que en este país se dijo acerca de la guerra civil de España, y puedo asegurarle a Espinoza que no existió unanimidad en favor de uno de los dos bandos. Y es sin duda a la unanimidad a la que se apunta cuando se dice "la intelectualidad chilena", como si los escritores de Chile, todos ellos, obedientes a una voz de mando, hubieran reconocido filas en uno solo de los ejércitos combatientes. En aquella ocasión hubo republicanos y hubo franquistas, como era previsible, y los sigue

habiendo. ¿A qué viene esto de afirmar que todos atendieron, gregariamente, a la incitación de un solo color político?

Insisto, pues, sin ánimo de ofender a nadie, en que la vuelta del escritor a Chile nada tiene que hacer con los mineros de Asturias; y, en fin, para convencer a los incrédulos, voy a decir algo más. La carta autógrafa de D'Halmar publicada por *El Mercurio* el día 14 de junio de 1934, p. 5, está actualmente en mi poder. Le ofrezco al querido amigo Espinoza que la examine, para convencerse, primero, de que no es apócrifa, y para que, en fin, su estudio letra por letra le lleve a la persuasión de que sean cuales fueren los motivos del viaje de D'Halmar, ningún papel cobra en él la rebelión de los mineros de Asturias, producida cuando tenía ya tres meses en Chile.

En seguida Espinoza dice: "El hombre obtiene finalmente un modesto empleo de visitador o algo así en la Biblioteca Nacional" (p. 27). El empleo no era ni modesto ni inmodesto: era un grado alto en el escalafón administrativo, que así como funcionaba en la biblioteca podía haber tenido sede en otra parte; y era preferible que fuese en la Biblioteca Nacional, donde D'Halmar estaba a toda hora rodeado de sus pares en las letras. Hubo quienes para alcanzar a esa altura en el escalafón debieron ir cumpliendo sus grados, en años de fatigosos servicios. Augusto d'Halmar llegó a ese cargo sin hacer antesala, en atención a sus méritos literarios, por la calidad de su obra escrita. Pero antes de trabajar en la Biblioteca Nacional fue director del Museo de Bellas Artes de Valparaíso. Estos dos cargos eran una sinecura, con poquísimas obligaciones administrativas, en donde D'Halmar fue naturalmente respetado por todos los directores generales que hubieron de tratar con él.

Veamos ahora la antología misma. Está distribuida en tres partes, sin títulos específicos. A pesar de ello, es fácil discernir que la primera comprende cuentos, en número de catorce; en la segunda vemos impresiones de viajes y algunos fragmentos de libros entonados en la misma especialidad, y en la tercera artículos varios y poemas en prosa. Todo indica que estos últimos son de la producción final del autor, período en que el estilo, dotado de exquisitas resonancias melódicas, aparece en cambio afeado por indiscretos juegos de palabras, es decir, retruécanos. Y son ellos de tal volumen, que cabe pensar cuán diferentes rumbos cobraría la selección de los escritos de D'Halmar si pretendiéramos alejar de sus páginas las que se vean afeadas por los retruécanos y trabalenguas en que suele el estilista reposar de su afanosa tarea.

Hablando de edad, el autor dice: "Tenemos más o menos la misma, mi alter ego, y tú sabes que la tuya fluctúa entre los años de *optimismo pesimista* y los de *optimista pesimismo*. Hemos alcanzado sin proponérselo la edad de la *razón irrazonada*" (p. 235). Todos los juegos de palabras que hemos subrayado no constituyen definiciones, y por lo tanto pasan a la categoría de simples ripios. Habla el autor de la pintura de Gordon, y dice: "Su gama de notas intensas y cálidas en sordina debe recorrerse con respetuosa parsimonia, porque no hay nada *casual* sino *causal* en esa paula-

tina formación de un carácter y de una voluntad; nada improvisado en esa *prosecución y consecución* lentas de un ambiente y de una manera" (pp. 269-70). En otro sitio, hablan los artículos personales de que hace uso el escritor, y entonces leemos: "Todas éstas no pasan de ser exterioridades, más o menos superfluas, y ninguno *tiene y mantiene* como yo relación directa y diario contacto con su persona... ¿Y yo, entonces? Alude usted a su *pulso* y a sus *impulsos*" (p. 291). Esta insistencia en el juego de palabras, tanto más desabrido cuanto más se le repite, empobrece sin duda el estilo de D'Halmar, por más que haya quienes lo reputan excelente e insuperable.

Siendo la impresión de este libro muy bella y, en las apariencias, muy bien cuidada, observamos, sin embargo, ciertas erratas que deben tenerse presentes por quienes hayan de citarlo. Dentro de las páginas de la introducción de Espinoza vemos un epígrafe de Pedro Prado que dice así: "D'Halmar era el Hermano Errante. ¿Porque estaba siempre vagando? ¿Porque andaba en eterna búsqueda? ¿Porque era una forma de errar acertando?" (p. 22). En el texto, sólo la tercera de estas interrogaciones aparece bien impresa, y en las otras dos se dice "por qué", en forma abiertamente incompatible con el análisis lógico. Más adelante leemos: "Peter Petersen viene a ser como el artillero de mi barco invisible" (p. 287), donde el contexto exige que leamos *astillero*. Y así otros deslices, de que no cabe ya hacer mención.

La iniciativa que ha tomado Enrique Espinoza para formar una antología de los escritos de Augusto d'Halmar está, en general, bien conducida, pues los trozos separados para la muestra son, de gran belleza y pueden ser indicados entre los mejores del autor. Los errores o tergiversaciones que nos ha parecido útil señalar caen en la cuenta de la relativa ignorancia de las realidades del ambiente literario chileno en que se halla Espinoza, ignorancia muy explicable. Si yo me voy a la Argentina a escoger una antología de Macedonio Fernández, y pretendo escribir una introducción sobre el escritor y su época, seguramente cometería errores como los que hemos hallado leyendo a Espinoza. La culpa no es, pues, de él, propiamente, sino de cuantos creen que la realidad literaria chilena es tan sencilla que cualquiera puede apechugar con ella. Y no: no es tan sencilla, y hay mil nociones, sueltas, tradicionales, que no están en los libros, a las cuales debe echar mano el crítico, y en cuyo tratamiento ha de emplear siempre el mejor pulso.

Esto por lo que toca a la ignorancia. Hay otro reproche que hacer a Espinoza, es el de la credulidad que manifiesta ante las invenciones de D'Halmar. Pasemos por alto lo del nacimiento, que daría para un tratado, así como las ligeras fábulas que echaba a correr el autor sobre sus éxitos en España y en Francia. En lo que sí cabe detenerse, como hemos hecho, es en lo del soneto atribuido a Rubén Darío, ya que la fábula compromete a un tercero ¡y qué tercero!

Espinoza, escritor fino, delicado, de gran sensibilidad, de enorme cultura, no ha temido atreverse con los más arduos problemas literarios y ante ellos siempre guarda un criterio reposado, de alta calidad. Emplee estas mismas dotes para examinar aquel soneto, y convendrá conmigo en que la

pieza no es de Darío, si bien el *pastiche* haya sido hecho con maña y por un individuo astuto. Lo que pierde a D'Halmar es la cronología de sus viajes y la de los viajes de Darío. En suma, Augusto d'Halmar y Rubén Darío no se encontraron jamás, ni en América, ni en Europa, y en consecuencia Darío no pudo escribir el tal soneto. Los mineros de Asturias —a su turno— no pudieron intervenir en el viaje final de D'Halmar a Chile, como se prueba con la exhibición de los sucesos obvios que hemos intentado más arriba. Todo esto es clarísimo. Nada me agradaría tanto como saber que había terminado por ser igualmente claro para Enrique Espinoza.

R. S. C.

La literatura chilena en los EE. UU. de América, de HOMERO CASTILLO.
Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1963

Un positivo servicio al mejor conocimiento de la literatura chilena ha prestado la Biblioteca Nacional al posibilitar la publicación de un acucioso escrutinio del profesor Homero Castillo, *La literatura chilena en los Estados Unidos de América*, permitiendo conocer en su exacta medida la resonancia de nuestra producción en el país del Norte.

Algunos fragmentos de esta bibliografía debida al profesor Castillo habían aparecido en los *Anales de la Universidad de Chile* y aunque continuamente aumenta debido al progresivo interés de estudiosos y especialistas, se hacía necesario formar un volumen al que deberá dotarse con el tiempo de apéndices y complementos. La Biblioteca Nacional bajo la dirección de Guillermo Feliú Cruz ha emprendido la tarea de imprimir libros cuya utilidad no es necesario recalcar.

El que nos ocupa se debe a un entusiasta divulgador de la literatura nacional en los Estados Unidos, donde ejerce cátedras de literatura hispanoamericana; fuera de sus funciones docentes ha publicado libros como *Relatos humorísticos* (1956), *Historia bibliográfica de la novela chilena* (1961), en colaboración con Raúl Silva Castro, y *El criollismo en la novelística chilena* (1962) y en revistas numerosos ensayos y artículos de crítica o estimación literaria. En medio de esos afanes no escapó al profesor Castillo que las letras chilenas no eran tan desdeñadas como parecía y lo comprueba a través de casi 1.400 fichas repartidas en secciones: textos, antologías, traducciones, crítica literaria, reseñas, historias de la literatura, monografías y diccionarios y tesis para graduados, todo en un lapso aproximado al medio siglo.

Naturalmente que las expresiones artísticas tienen su principal radio de acción en su país de origen y salvo excepciones traspasan las fronteras. En el caso de Chile lo que ha trascendido fuera de su territorio superó la barrera del idioma, la distancia, la desidia para fomentar su difusión y estudio por parte de autoridades y organismos nacionales. En los últimos decenios las cosas han tomado un cariz más favorable, a pesar que el gran público norteamericano ignora o no le interesa conocer nuestro desenvolvi-